



BOLETÍN DEL
INSTITUTO
PROVINCIAL
DE HIGIENE

ALMERÍA • OCTUBRE 1934



BOLETÍN

DEL



INSTITUTO PROVINCIAL DE HIGIENE

PUBLICACIÓN SANITARIA MENSUAL GRATUITA

AÑO VIII

ALMERÍA, OCTUBRE 1934

NÚM. 88

SEGUNDA ÉPOCA

Importancia de la higiene en la gestión de asistencia social.

Conferencia dada ante el micrófono de Radio Almería el día 4 de octubre de 1934 por el Dr. A. Mallou, Inspector provincial de Sanidad y Vocal de Asociación de Asistencia Social.

La Comisión ejecutiva de Asociación de Asistencia Social, a cuya directiva me honro en pertenecer, ha tenido la gentileza de invitarme a que dé esta charla o palique, modesto como mío, ante el micrófono. Sean mis primeras palabras de agradecimiento por tan señalada distinción que, al ponerme en comunicación con los radio oyentes, a los que efusivamente saludo, me permite sembrar prácticas e ideas sanitarias,

una de mis primeras obligaciones oficiales.

La hospitalidad de Radio Almería merece especial gratitud, ya que nos consiente lograr nuestro fin por el medio más rápido y de mayor alcance y eficacia.

Dos cosas quiero advertir al que me atienda; una, la brevedad y concisión que procuraré infundir a mi charla. «Cuanto más breve, más eficaz, la plagaría», reza un antiguo prover-

bio, mas aún —añadimos— en los tiempos que corren, mejor sería decir que vuelan.

El príncipe de los ingenios, aconsejaba: «Sé breve en tus razonamientos, que ninguno es gustoso si es largo».

Los clásicos definían: «multa paucis» —muchas ideas, y pocas palabras.

Si mi escasez de dotes, impide alcanzar tal desiderata, a lo menos quédese en paucis, es decir, en no cansar a ustedes con fatigosa verborrea.

La segunda condición atañe al carácter de este palique, que no pecará por exceso de tecnicismo y especialización empachosa; pensamos con el filósofo: «...un poquito de divagación de vez en cuando no cae mal. Es como un descanso. Todo está en que sea entretenida o ingeniosa».

Pero, adelanto, con las palabras de un prestigioso compañero, que:

No pretendo vulgarizar.

Porque el que vulgariza, enseña. Y el que enseña, sabe. Y yo no sé. Pero tampoco tengo la vanidosa pretensión de intentarlo.

Intento simplemente divulgar, orientar.

Mis palabras solo aspiran a ser un índice, más propiamente quizá, un itinerario.

Y, se acabó el exordio.

Puesto que, de cosas de higiene vamos a ocuparnos, es inexcusable empezar por aclarar lo que expresa tal vocablo.

Y, siempre que de esto se trata, recuerdo el chispeante diálogo de Gedeón y Calínez, cuando el segundo afirmaba su creencia de que la higiene fuera una cupletista, porque leía, la higiene en Madrid, la higiene en París, etc., e interpretaba que tales noticias correspondían a sucesivos puntos de actuación de la tonadillera. Aunque quizá, y sin quizá, no le falte un punto metafísico a tal enjuiciamiento, en el sentido de que, demasiadas veces, para desgracia nuestra, se resuelven sus preceptos, en coplas de Calainos.

Aquel «poquito de divagación» a que aludimos, me autoriza a una ligerísima incursión, sin posarnos siquiera, sobre cosas de otro tiempo, mi eterna afición.

Y como carezco de autoridad personal, dejad que me parapete y defienda, tras de pensamientos ajenos. Así, copio prosa rimada, de un insobornable repúblico, que expresaba: «en los papeles viejos hay algo sacrosanto, grandezas siempre ignotas, cerradas a la luz, magnificencias huecas, glorias que son angustias, como las hojas secas, como las flores mustias, como las aras rotas, como el altar sin cruz».

Pensamos con Sorel que el mito es más fuerte que la realidad.

Los griegos colocan entre sus diosas a la Higiene, Hygia, la salud, hija de Esculapio o

Asclepios, y de su esposa Epiona (la que endulza los dolores). Esculapio tuvo un nacimiento desusado y trágico, pues Apolo, su padre, en un acceso de locura, de que por lo visto no se libraban los dioses, mató a su madre Coronis, hija del rey de los lapitas, pero salvó al niño que entregó al centauro Quirón que le enseñó Medicina. Esculapio superó pronto al maestro y no solo daba la salud, sino que resucitaba a los muertos. Plutón, dios de los infiernos, se quejó a Júpiter de que un mortal usurpara lo que era privilegio del poder divino; aquél atendió la queja y ni corto ni perezoso lo fulminó de un rayo. Haciendo bueno el dicho de que, la venganza es el placer de los dioses, Apolo para vengar la muerte de su hijo, mató a su vez a los ciclopes que forjaron el rayo, venganza que le costó permanecer algún tiempo alejado del Olimpo, y punto a la mitología.

Pero no sin deducir que, de casta, nada menos que de dioses, le viene a los médicos el que le paguen sus trabajos con desagradecimiento y candilazos, y ahí se detengan los enojos, pues a veces llegan a mancharles cruelmente su dignidad y su honra.



¿Cuál fué el estado natural

y cuales los orígenes de la higiene?

¿Por qué los hombres inventaron la higiene?

¿Qué circunstancias hallaron, en el curso de la evolución para obligarles a iniciar y desarrollar las medidas de conservación sanitarias?

Aunque muy de pasada ensayaremos, primeramente reconstituir, en lo posible, las condiciones de la vida humana, desde el punto de vista que nos ocupa, es decir, antes de toda civilización, antes de toda higiene, a fin de representarnos lo que era probablemente el hombre primitivo, considerado como el resultado puro y simple de la herencia y del ambiente, en el momento de su aparición.

El hombre primitivo no sabía encender fuego, ni cultivar artificialmente las plantas, ni siquiera conservar los alimentos. Se nutría de lo que iba encontrando en su peregrinar incansable por los bosques, sobre el suelo o en las aguas; animales de la tierra y acuáticos, plantas y frutos.

Entonces la escasa variedad y pobreza de tierra, virgen de todo cultivo, en producciones vegetales capaces de servir a la nutrición humana, obligaba necesariamente a los primitivos a buscar incesantemente sus alimentos, a desplazarse continuamente para encontrarlos; de donde esta primera conclusión, que el ejercicio fi-

sico era, en ellos, constante.

A la resistencia a las intemperies y a las heridas, resistencia desarrollada por la desnudez absoluta del cuerpo, al entrenamiento físico por la vida activa en pleno aire, hay que agregar la condición particularísima de esta época, no alcanzada luego en tal medida, y es, la obligada variedad periódica de los regímenes alimenticios. Efectivamente, la ración alimenticia estaba estrechamente condicionada por las estaciones del año, y por tanto sujeta a un ritmo alternante fatal. Más abundante, durante el verano y otoño, raro en invierno; verduras algunos meses, después frutas, por último granos y raíces; todo ello, según el ciclo solar. Resultaba de esto, períodos de reposo digestivo, ayunos, durante los cuales el organismo quemaba sus reservas grasosas y otras, acumuladas durante el verano y otoño. Consecuencia, una a modo de renovación periódica de los tejidos, según las estaciones, y sin duda una sedación invernal, parcial, de las otras funciones de la economía.

No puedo entretenerme, aunque es tema interesantísimo, en como han puntualizado y relacionado estas cuestiones, los estudios recientes sobre las vitaminas.

El alimento del hombre y de los animales domésticos, en los países civilizados de hoy, apenas si recuerda el de los

tiempos prehistóricos. La agricultura en efecto, ha seleccionado ciertas plantas comestibles para multiplicarlas artificialmente en los campos; ha destruido o dejado desaparecer otras que consideraba de escaso o nulo valor, ha conseguido — y cada día surgen nuevas adquisiciones — transformar las plantas y frutos salvajes, para obtenerlos de mejor calidad, de mayor rendimiento, etc. etc. Realmente no quedan, apenas, frutos verdaderamente salvajes.

Pero, volvamos al estudio del estado primitivo.

La primera adquisición, el primer artificio alimenticio que produjo la inteligencia humana, fué descubrir la conservación artificial de los alimentos. La experiencia repetida de que faltaban cada invierno, les obligó a ingeniárselas para tener provisiones al llegar tal época; para ello, las secaron al sol y almacenaron las frutas en cavernas.

Sólo después inventaron la agricultura, porque la operación intelectual que decide sembrar una semilla para obtener una planta, es mucho más compleja que la de conservar un alimento en previsión de escasez.

Cuando el hombre dispuso de ambos métodos, conservación y agricultura, cambiaron profundamente las condiciones de su existencia. Pudo interrumpir su vida nómada y

permanecer junto a sus provisiones, y vigilando sus sembrados. Y fundó las primeras ciudades, es decir aglomeraciones humanas fijas.

Pero el pasar los rebaños humanos de condición nómada a la sedentaridad, tuvo como consecuencia inmediata, favorecer el desarrollo de las enfermedades transmisibles y por consiguiente, hicieron su aparición las primeras epidemias. Veamos como: Cuando las tribus errantes vertían sus deyecciones en no importa qué lugar de su tránsito, todos los parásitos intestinales eran destruidos en el suelo por el juego de las acciones naturales del ambiente, pero cuando ya en las primeras agrupaciones permanentes, mancharon, es decir infectaron el suelo y a través de él la capa de agua subterránea de sus ciudades, entonces, los parásitos encontraron las condiciones más favorables para pasar de los enfermos a los sanos. El ancestral de esta época, desnudo, cubierto de lodo, protegido contra las intemperies por la costra de tierra que permanecía adherida a la superficie de su cuerpo, que ensuciaba su cabello y su barba incultas, bebiendo incluso el agua embalsada, era necesariamente víctima del anquilostoma, de las lombrices, de amibas y de las bacterias de la disenteria, de la fiebre tifoidea, del cólera, etc. Periódicamente, sin duda, estas aglome-

raciones eran diezmadas y es muy posible que civilizaciones más o menos desarrolladas hayan tenido tal fin; los supervivientes de tales epidemias, aterrados, huirían de estos lugares apestados, mortíferos, y reemprenderían su existencia nómada, quizá hasta que la invención del fuego revolucionó sus prácticas culinarias con el primer gran descubrimiento higiénico, permitiéndoles cocer los alimentos. Aplicar el fuego a los alimentos, fué y continúa siendo uno de los más grandes medios higiénicos de la práctica culinaria. Siquiera en su pristino origen, trataran únicamente con su empleo, de variar el gusto de los alimentos — primeros gourmets — y tal vez, modificar la digestibilidad de algunos.

No es hora oportuna, esta de la cena, para descubrir como la practicaba el ancestral paleolítico y su familia, en la caverna prehistórica. Y curioso compararlas con las de hoy día, servidas en suntuosa mesa, en medio de flores, y de mujeres — flores, festin hasta del olfato, según el rito de los restoranes vanguardistas, a cuyos menús acompañan esencias raras, cuyas exquisitas excitaciones vienen a unirse y completar los más alambicados refinamientos del paladar, de la vista y del oído...

Sin embargo. En medio de aquella suciedad y abandono, los microbios eran especies

inofensivas, desprovistas de actitudes parasitarias, habituados a vivir libremente sobre los restos vegetales capaces de fermentación, adaptados a la temperatura ambiente pero no a la del cuerpo humano, inaptas, pues, para vivir en el organismo produciendo enfermedades.

La suciedad adquirida por el ancestral en las selvas, en el tango de los charcos, etc. etc. era ciertamente muy rica en bacterias pútridas, en protozoarios y en mohos, pero precisamente estos microorganismos no presentan, desde el punto de vista de la salud, ningún peligro.

Fué del todo diferente cuando las aglomeraciones se formaron, porque los parásitos, poco a poco adaptados al hombre, pudieron espaciarse en los medios exteriores o transmitirse por contacto directo.

En las primeras edades de la humanidad, cuando los individuos vivían al aire libre, en perpetuo cambio de residencia, la necesidad de evitar los contagios no aparecía por parte alguna; las tribus abandonaban sus enfermos y continuaban su ruta; el enfermizo, portador de un virus cualquiera, tuberculoso u otro, se extinguía, completamente solo, en cualquier maleza, olvidado por sus padres, de memoria corta y sensibilidad mínima; la selección de los fuertes preparaba la descendencia y transmitían a los hijos, con su resis-

tencia, la inmunidad para las enfermedades infecciosas.

Las primeras máximas higiénicas, aparecen escritas en los libros sagrados, el más antiguo de ellos, el Zendavesta, de los Parsis, persas refugiados en la India, luego de la conquista de su país por los fanáticos musulmanes; es un libro revelado por Ahuramazda, dios de la sabiduría, de la verdad y de la luz.

Lo mismo que más tarde los egipcios, indios, griegos, romanos, judíos, musulmanes, etc. consideraban las enfermedades como causadas por demonios y por impurezas. De todos ellos el primeramente citado es el que estudia más circunstancialmente el dogma de la impureza, y, hacen resaltar los comentadores, que la higiene era *sobre todo, función social*. No lo olvidemos.

El temor a mancharse o volverse impuro, hace vivir al Parsi en temor constante, de pesadilla, porque no teme el daño únicamente para sí, sino para la tierra, el agua, el fuego, todos los elementos.

Y no solo evita el contacto, sino la mirada. Vean ustedes que raíces tan profundas tiene la superstición del «mal de ojo».

En las leyes de Manu apuntan algunas prácticas higiénicas, aunque en mezcolanza espantosa con otras disparatadas. Así dicen, se purifica el suelo, barriéndole, pero a ren-

glón seguido, añade untándolo de boñiga de vaca, regándolo con orina de vaca, etc. Dicta prohibiciones singulares: el hombre no se casará con mujer demasiado velluda, epiléctica, atacada de lepra blanca, hemorroidaria o ¡cuyo nombre sea derivado de una estrella!

Apesar de todo y con sus dislocadas exageraciones, tales ideas fueron el verdadero origen de la higiene actual.

La teoría mazdeana ha sacado una consecuencia singular del dogma de la impureza: todo lo que sale del cuerpo humano es impuro y por consiguiente el parsí evita su propia impureza no tocando el interior de su boca al comer, ni los alimentos — con su mano —. Resultado inesperado de esta creencia es la invención del tenedor que data de fecha tan remota como útil religioso para preservarse de la impureza. Aunque como instrumento de higiene y limpieza no fuera de uso corriente hasta el final del reinado de Luis XIV:

Pero todo tiene su reverso; para los salvajes fidgianos, de Oceanía, tocar un cadáver asado, vuelve tabú, es decir impuro. Por esto, ¡también ellos se sirven de tenedores para comer a sus semejantes!

Un inglés dijo que, salvo las fuerzas de la naturaleza, nada en el mundo hay que no sea de origen helénico.

Y efectivamente, los griegos hacen desaparecer lo sobrena-

tural de la medicina, toda enfermedad, hasta la epilepsia, reconocía para ellos una causa natural. Ellos levantan la teoría de los miasmas, aunque, como los asiáticos, usan abluciones para purificarse.

También usan abluciones los romanos, y los de la secta mahometana, y, todavía persiste la creencia de la purificación por el agua, en algunos pueblos de naciones que marchan a la cabeza de la civilización europea.

Aunque tal materia es interesantísima, antes de que me llaméis el orden, ya corto el discurso, y me dejo de más historias.

Actualmente, la higiene es la doctrina del mantenimiento de la vida y de la salud. Debe evitar la enfermedad y dar al cuerpo y al espíritu el máximo desarrollo normal, para lograr el mayor rendimiento.

Y aclara Proust: Conservar la salud del individuo, preservar la enfermedad y retardar el instante de la muerte, no es sino una parte de lo que debe proponerse el higienista. Su objeto debe ser más elevado y su programa confundirse con el que resume todas las aspiraciones de la humanidad, todas sus tendencias hacia un perfeccionamiento continuo e indefinido y que se formula con una sola palabra: progreso.

Y añade Hericourt: La higiene tan abandonada o tan mal representada en nuestra ense-

ñanza, es la base misma de la moral. Ella formula las prescripciones que aseguran la salud del individuo, hace de la lucha contra las pasiones un ejercicio normal y cotidiano, es un precioso entrenamiento para la voluntad y también enseña a todos, lo que es la solidaridad y lo que pueden costar los crímenes contra este gran principio, clave de arco, de las sociedades futuras.

Tan amplísima actuación alcanza de las profundidades de la tierra a la estratosfera y coge al ser vivo antes de que nazca, más aún, hace posible que pueda formarse y después de muerto aun sigue marcándole reglas higiénicas.

Y hay la higiene de los placeres, como de las viviendas, y el régimen higiénico de la alimentación y del estudio. Y es la higiene, la que permite la vida en común en todos sus órdenes y aspectos, sin que unos a otros nos fusilemos con los gérmenes que portamos, y que son la causa de lo que otrora se llamaba azote de Dios y ahora simplemente enfermedades evitables.

En fin, por paradoja cruel, ella, la higiene, en la gran guerra, permitió los movimientos de grandes masas maniobreras, sin que las epidemias diezmaran los ejércitos, como tantas otras veces, para matarse luego a su sabor con toda clase de medios destructivos.

Y, ahora, veamos que importancia tiene la higiene en la obra de asistencia social.

Al hablar de esto viene a mi memoria aquellas más o menos elocuentes lecciones inaugurales de nuestros catedráticos, en las que, el titular de cada asignatura, por puntillo de amor propio, digno de loa, pretendía demostrarnos con n — 1 razones que su disciplina era, sin duda alguna, la más importante y trascendente de la carrera.

No estamos en el mismo caso.

Asistencia, es socorro, favor, ayuda; lo mismo en lo físico que en lo moral. La obra de Asistencia Social, es preventiva, de vigilancia, de educación, principio de la más pura cepa higiénica. Y todo ello según dijimos antes, de manera apolítica, es decir, atendiendo por manera exclusiva al interés del asistido y enseñando con el ejemplo — otra norma de higiene — lo que es la solidaridad y confraternidad humana.

Mientras la higiene era santuario cerrado a miradas profanas y los higienistas se representaban, como los magos, con manto y capirote tachonado de estrellas, su obra no fué social, ni siquiera obra. Pero cuando se decidió a llevar al seno de la familia misma — la montaña no viene a nosotros —

sus conocimientos y modos, dando vida al precepto de «acta non verba», hechos no palabras, poniendo en práctica el hermosísimo consejo del laureado poeta:

Abandona las almenas... esa a tura que convida
a vestir de luz y encantos las negruras de la vida...
es la placentera cumbre del poeta soñador
pero el bálsamo no cura separado de la herida
es preciso dar la mano a la víctima caída
si n llorar con los que lloran, nadie fue su redentor...

entonces digo y solo entonces, insisto, empezó a ser eficaz la higiene.

Y también asistencia social, cuando dejo de estimarse como esfuerzo aislado y más bien contraproducente, para realizar el esfuerzo conjunto, con plan estudiado y dirección acertada.

No me tachareis, pues, de visionario pretencioso si afirmo después de tales consideraciones, que Asistencia social es higiene, y *sinó*, deja de ser Asistencia Social. ¡¡Como que es una parte de la Higiene Social, continuación y reflejo de la higiene individual!!

Por ésto, su evolución y desarrollo ha de marchar a compás de los de la Higiene y a ella forzosamente habrá de atempe-

rar, circunstancialmente y en cada caso, su gestión.

El tema es muy sugestivo para mí, pero extensísimo y la paciencia, de los que me hacen el honor de escucharme, tiene un límite.

Voy a terminar, pues.

Asistencia Social institución tan maravillosamente concebida y orientada, es orgullo de un pueblo, honra a sus protectores y es merecedora del más decidido y entusiasta apoyo material y moral, por parte de todos, entiéndase bien, chicos y grandes, pobres y ricos, blancos y negros, cada cual con arreglo a sus posibilidades. Su obra toca y llega a todas las actividades y por consiguiente sus necesidades, como la vida misma, se multiplican sin cesar, indefinidamente.

El secreto de su éxito, lo dá aquel consejo filosófico que, exige del que lucha por conseguirlo, que no piense nunca que ya ha triunfado, que es ya suyo, ¡que ya llegó!

Llegar es detenerse. Hay que seguir subiendo. Más, siempre más... La llegada es la muerte. Y la muerte solo lleva a la gloria cuando nuestra obra pervive más allá de la muerte...

He dicho.

LEGISLACION

SANITARIA

Escuelas

Instrucciones técnico-higiénicas para la construcción de edificios escolares.

— Orden del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes de 28 de julio de 1934. (Gaceta del 1.º de agosto.)

(Continuación)

Nuestra futura Escuela debe ser una casa de educación. Hemos de procurar que colabore con ella la familia. Si desgraciadamente la actual familia, en parte al menos, destruye ese ambiente educativo favorable a los niños, debemos prolongar la permanencia de ellos en la Escuela y quizá llegar a que el Maestro sea educador de las mismas familias de los niños.

Esta observación puede ser necesaria en todos los casos; las consecuencias que se deduzcan pueden ser de gran utilidad en la determinación del programa que en cada caso sea conveniente hacer para una Escuela.

La Escuela, el edificio escolar, no será el lugar donde niños y

Maestros acumulen los datos para el conocimiento; esos datos deben captarse en medio de la realidad, mostrada en plena vida; sólo habrá de hacerse en ella el comentario, el análisis, la observación, etc., etc., que en resumen sea la lección constante. Por lo tanto, el niño deberá tener cerca, en la vida diaria, el mayor número de cosas para analizarlas y estudiarlas. El ideal, por tanto, sería la Escuela al aire libre, con las solas limitaciones que imponga el clima. Vida en el campo con severas condiciones higiénicas, en plena *alegría y bullicio divinos*. Y si esto no puede tenerse en cuenta, por ahora, más que como ideal, al menos demos a los niños luz, oxígeno, casas aisladas por una franja de verdor que embellezcan esos edificios, alejados de ruidos que entorpezcan la labor reposada que niños y Maestros hagan.

Para obtener un excelente edificio-escuela, lo fundamental, la condición primera es tener un solar grande y sano. Esta condición resuelve por sí sola los

inconvenientes que puedan encontrarse en relación con el emplazamiento, la orientación, etc. Un solar amplio, con un cerramiento de seto vivo, de limitación de terreno, no de defensa, que la Escuela, si cumple su misión, para nada la necesita, y en el centro, aislada, una casita limpia, cuidada con amor, y unos niños que pasan sus días en unión de su Maestro inquiriendo el por qué de las cosas, para que luego puedan convertirse, poco a poco, en hombres reflexivos que descubran su mundo interior: su alma.

Por lo tanto, la Escuela, mejor, el recinto escolar, estará integrado por el edificio o los edificios escolares y el campo escolar con sus diversas modalidades peculiares a sus funciones especiales.

b) *Campo escolar.*

El campo escolar no es el jardín de la Escuela, jardín con rincones bellos —plantas, flores, fuentes, estatuas, etc., etcétera— estimulantes en función educadora de la fantasía de los niños; no es tampoco el campo de experimentación para el mejor conocimiento de las cosas en su evolución de vida; no es el lugar donde se disponen cobertizos para librar a los niños del sol y de la lluvia; no es el campo de juego, etc., etc. El campo escolar es todo eso a la vez, pero siempre, en su conjunto y en los detalles, con función educadora; es el pequeño

mundo que hemos de formar para que en él viva el niño y para que, en esa acción constante de vida, descubra el Maestro en él sus características psicofísicas, su personalidad en germen y sepa conducirlo afectuosamente en el proceso educativo.

Es necesario este campo para el descanso como función higiénica y pedagógica: en el primer concepto, para que respire el niño aire puro, después de haber permanecido bastante tiempo en un local cerrado; en el segundo, para el descanso, cumpliendo la ley pedagógica de la variedad en la actividad y la permanencia de la acción durante la vigilia.

En el juego es donde el niño puede ofrecer al Maestro el fondo de su alma y donde se desarrollará, con ritmo acelerado, su personalidad, por ser él el que lleva plenamente el mando en la acción, en el hecho de ideación y de ejecución, en el pensar y en el hacer. ¡Ese ritmo misterioso de lo real, ¿tan de acuerdo con todos los niños? El niño o un grupo de niños eligen sus juegos, no les son impuestos por nadie, y esa lección es siempre concordante con sus aficiones y sus aptitudes.

Además, este campo escolar es donde el Maestro puede influir en sus discípulos de modo más directo e individual.

(Continuará)

Instituto Provincial de Higiene de Almería

Servicios de Beneficencia efectuados el mes de la fecha

PUEBLOS	ANÁLISIS DE														Observaciones											
	Sangre	Urina	Leche	Requico	Heces	Espinos	Tamores	Pus	Exudados	Gastrico	Aguas	Vinos	Vinagres	Aceites		Leche	Conservas	Pescado	Carneas de perro	Vacunas	1. Antirabico	Envío de Vacunas de Inspeccion	Desinfectantes	Traslado de Fiebrina		
Almería	68	18			1	8	1				25				1					1	257					variólica
Ohanes	1	1				1																				
Vera	1					1																				
Barja	1					1																				
Pechina	1					1																				
Santa Fe	1					1																				
Abla																										
Lúcar	2																									variólica
Níjar	6																									variólica antioflica
Fiñana	1																									Idem
Vélez Rubio	2																									
Caniávar	1																									
Tabernas	2																									
Caádor	2																									

Almería 30 de septiembre de 1931 — El Director, Dr. Malfou.

SANIDAD NACIONAL.
INSPECCION PROVINCIAL DE ALMERIA
SERVICIO ANTI-TRACOMATOSO

Casos observados durante el mes de Septiembre en los siguientes dispensarios:

FORMAS CLÍNICAS	Adra	Albox	Almería	Carboneras	Luevas	Locaina	Mojácar	Mijas	Roquejas	Rosario	Vera	ENFERMOS
Incipientes y dudosos . . .	12	12	25	16	7	5	5	4	7	1	17	104
Crónicas sin complicaciones	15	10	20	17	10	2	5	8	5	2	8	95
Con Pannus	2	5	6	2	5	5	5	1	5	2	5	16
Formas retráctiles. (Entropión, Triquetisis, Xerosis).	5	4	8	5	1	5	1	1	5	5	5	15
Formas agudizadas.	5	1	20	5	4	5	5	5	4	10	1	45
F. Mono o binoculares . . .	5	5	5	5	5	5	5	5	5	5	5	5
TOTAL	27	27	77	55	22	12	7	14	11	15	26	275

Almería 1.º de Octubre de 1934.

El Inspector Provincial de Sanidad,

D.

Proflaxis Pública

DISPENSARIO ANTIVENÉREO DE ALMERIA

Servicios prestados durante el mes de
septiembre

ENFERMOS ASISTIDOS	RECONOCIDOS	TRATADOS
Varones	33	31
Hembras	11	11
<i>Total asistidos</i>		<i>42</i>

Reconocimientos practica-
dos a meretrices 52

MEDICACIÓN EMPLEADA	NÚMERO DE AMPOLLAS
Neosalvarsan	32
Bismutos	96
Benzoato de mercurio	6
Vacunas	7
Tripaflavina, gonacrina etc	15
Acetylarsan	5
Novaproteína	15
Cianuro	
<i>Total de inyecciones</i>	<i>176</i>

Tratamientos tópicos locales
(lavados uretrales, uretro-
vesicales, vaginales, cau-
terizaciones, instilaciones
toques, etc.) 82

Total de servicios prestados. 258

Almería 1 octubre 1934.

El Médico Director,
DR. MARTÍNEZ LIMONES

V.º B.º
El Jefe Técnico,
DR. MALLOU

INSTITUTO PROVINCIAL DE HIGIENE

Trabajos realizados Septiembre.

LABORATORIOS:

Sangre. Extensiones	37
— Hemoglobina y va- lor globular, etc.	39
— Químico	8
— Wassermann	21
— Aglutinaciones	41
— Reacciones de flo- culación	45
L. céfalo raquídeo. Células	2
— Químico	1
— Wassermann	1
— Reacción floculación	2
— Bacteriológico	2
Orinas	190
Aguas	28
Leche	1
Espustos	6
Exudados	4
Cabezas de animales	1
Autovacunas	1
Inoculaciones	1
Tumores	2
Heces	2
Vacunaciones antivariólicas	257

Almería 1 octubre 1934.

El Director,
DR. MALLOU

Inspección Provincial de Sanidad

OFICINAS.— Mes septiembre.

Registro de entrada: Números
772 al 852; 80 comunicaciones.

Registro de salida: Números
818 al 962; 144 comunicaciones.

